



De lecturas y algo del mundo

Álvaro Mutis



Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez, foto tomada de Fernando Quiroz, *El reino que estaba para mí. Conversaciones con Álvaro Mutis*, Bogotá, Editorial Norma, 1993

Nostalgias de lector

En la siempre postergada y siempre interrumpida tarea de poner un relativo y enigmático orden en mis libros, suelo encontrar, para alimento de mi nostalgia y razón de mis sueños, algunos cuya lectura nos formó para siempre y dejaron en nosotros ecos, sabores, escenas y personas que serán el cortejo siempre presente y siempre fiel que ha de acompañarnos hasta el último día. No hace mucho me sumergí de nuevo en el caos de mis libros por ordenar y quisiera dejar aquí constancia de algunos de esos hallazgos que nos suscitan la mezcla de nostalgia y dicha que mencionaba antes.

Kim, de Rudyard Kipling, fue el primero. Una vez más viajé por la gran ruta que

cruza la India y sentí los olores capitosos de las comidas saboreadas a la vera del camino, al caer la tarde. ¿Habrás, me pregunto, libro más hermoso sobre país alguno y que nos deje una imagen tan imperecedera y tan fiel de sus más secretas esencias? Lo dudo. Siempre que abro esta obra de Kipling para recorrer alguna de sus páginas, termino leyéndola por entero. ¿Cuántos adolescentes, cuántos adultos, la leen todavía? No creo que sea libro para nuestros días. Malos días, entonces, ajenos a una delicia semejante.

Cuatro tomos maltratados, pero aún con los emblemas de Saturnino Calleja, Editor, Barcelona, bien visibles en el lomo, me regresan a mis nueve años. Son *Los hijos del aire* de Emilio Salgari. La nave movida por aire líquido que recorre la China, el Tíbet y parte de Siberia, con sus heroicos tripulantes en busca de aventuras, es una de las más vivas presencias de mis sueños de niño. Superior a toda la serie sobre Sandokán y sólo comparable en riqueza de imaginación y en misterioso exotismo escalofriante a *La cimitarra de Buda*, *Los hijos del aire* sigue siendo mi libro favorito del gran italiano que terminara sus días degollándose con su navaja de afeitar.

Cae de pronto en mis manos la hermosa novela de George Eliot, *El molino junto al Floss*, uno de los libros favoritos de Marcel Proust y, a mi sentir, el modelo más perfecto de la tradición narrativa inglesa, la más sólida y rica de todos los tiempos, sin lugar a dudas. Un deseo, casi una urgencia de volver a leer el libro



de la autora de *Middlemarch*, me lleva a ponerlo de lado junto a mis próximas lecturas. Tendrá que esperar un buen trecho, porque la mesa de noche sigue empedrada de buenas intenciones de relecturas inaplazables.

Y, de pronto, me asalta, atenazante y sombría, la duda que fuera motivo para uno de los más bellos poemas de Borges y que, dicha en llana y desteñida prosa, vendría a preguntar: ¿cuántos libros amados se quedarán ya sin ser releídos? ¿Cuánta felicidad y cuánta mina de ensueño y aventura se han clausurado para siempre, sin que nosotros sepamos? Para curar de alguna manera tan penoso interrogante, más nos vale internarnos de nuevo y sin demora en las inteligentes y cáusticas páginas de Sainte-Beuve, remedio infalible para esta clase de nostálgicos achaques.

Hora de tinieblas

Al morir Goethe en 1832, las señales que indicaban un vertiginoso deterioro del mundo occidental-europeo en que nació el gran hombre ya estaban encendidas, pero sólo a unos pocos les fue dado advertirlas y anunciar el siniestro futuro. El autor de *Fausto* estaba entre estos atónitos privilegiados. Han pasado 150 años desde el día en que el anciano genial pidió más luz, momentos antes de penetrar, para siempre, en las tinieblas, sin término, de la muerte. Se interpretó este pedido de Goethe en sus últimos instantes como un testimonio de su insaciable ansia de conocimiento o como el simple deseo de despedirse del mundo con un poco de sol en el rostro. En los dos sentidos son estas palabras de una sobrecolegadora significación. Cabe otra versión: el genio de Weimar pedía, para el mun-



Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez,
www.kienyke.com

do que iba a sobrevivirlo, una mayor y más perdurable claridad capaz de combatir las tinieblas que se anunciaban con inminencia amenazadora. Y no estaba equivocado en su ruego, a juzgar por la pavorosa oscuridad en que cayó una civilización que él, hijo al fin del siglo xviii, pensó en un tiempo que había llegado a su mayor plenitud. En sus últimos años el viejo poeta dejó en los oídos atentos de Eckermann más de una aciaga advertencia sobre los tiempos por venir.

Un año antes que Goethe moría Hegel. ¿Sospechó alguna vez el primero que la filosofía de su coterráneo serviría de punto de partida para una mañosa ideología que iba a inundar el mundo en un manto de sangre y a promulgar una cárcel sin escapatoria posible como el único paraíso para el hombre? Es seguro que jamás pasó por la mente del padre de Wilhelm Meister tan desoladora posibilidad. Como es seguro también que jamás pudo imaginar que su patria alemana, de la que en el fondo, y no sin muy elocuentes razones se sentía tan orgulloso, iba a cometer, cien años después de su muerte, el más monstruoso, el más sádico y el más gratuito de los genocidios que pesan sobre la conciencia de la humanidad. Esto da una medida del abismo que nos separa de ese hombre



Álvaro Mutis y María Mercedes Carranza en la Casa de Poesía Silva.
Cortesía: Melibea Garavito

admirable que supo llevar los dones que le fueran dados al nacer, hasta la más deslumbradora cumbre de conocimiento y de perdurable belleza.

No son nuestros tiempos de sórdidos retozos democráticos o de roma observancia marxista, los más adecuados para revivir, en el clima y con la devoción que merecen, la persona y la obra del consejero secreto del duque de Weimar. Empanzanados como estamos en un mundo de robots-computadoras, de pornografía insulsa y de gratuita y desenfrenada violencia, la voz del creador de *Fausto*, de *Las afinidades electivas*, de *Egmont*, de *Torcuato Tasso* y de *Las baladas* no solamente no llega hasta nosotros, sino que, si llegara, no sería siquiera comprendida y, menos aún, apreciada.

Cualquiera que esté medianamente familiarizado con la historia universal sabe que ésta consiste en una serie ininterrum-

pida de crisis, en cada una de las cuales el hombre cree que ha llegado el apocalíptico final tan temido y anunciado. La primera bien pudo ser la llegada de los grandes fríos en la época glacial que coincidió con los albores de la humanidad. Hay muchas razones para creer que esas edades de abundancia, prosperidad y paz que se mencionan en los anales de la historia, son más bien una ingenua utopía con la que han tratado de consolarnos los cronistas a fin de que el hombre no pierda toda esperanza de instalar un día el paraíso en el planeta. Una mirada más rigurosa y escéptica al largo reinado de Augusto, al gobierno de las grandes dinastías chinas o a la Europa de Carlomagno, para mencionar apenas unas pocas de estas edades de oro, hijas de la fábula, nos lleva a la certeza de que también en ellas el hombre padeció el azote de los cuatro jinetes en forma tan implacable y desastrosa como en las épocas oscuras y aciagas de ingrata memoria.



Pero el hombre seguirá siendo, tal vez para beneficio de la especie, un optimista incorregible. Es curioso, empero, anotar que textos como el Eclesiastés, que tratan de volver a los pueblos a la evidencia de su irremediable miseria y de su inapelable final en el polvo y el olvido, existen en todas las religiones de la tierra. Es como si una voz interior se encargara de mantenernos alertas sobre el trágico destino que nos ha tocado en suerte. Hasta los griegos, razonadores y optimistas bajo el deslumbrante sol de la Hélade, tuvieron su Sócrates que les advertía cada mañana: “Dios me ha puesto sobre vuestra ciudad como un tábano sobre un noble corcel para mantenerlo despierto”. De nada les valió: Alejandro enterró el sueño helénico en las arenas del Asia Central.

Pero los que sí realmente vamos a sucumbir en medio del optimismo ignaro y de la inexperiencia chapucera somos los pueblos de nuestra incorregible América Latina. No hay antecedentes en la corta, pero ya bastante accidentada historia de nuestro “continente de los siete colores”, de que alguien haya sabido advertirnos contra las crisis que han pasado sobre nosotros y contra la que ya nos azota con inclemencia creciente. Es como si en nuestra república se hubiera tomado al pie de la letra la versión pastoril y paradisíaca que sobre América se encargaron de promover filósofos, viajeros y poetas europeos en los siglos XVIII y XIX. Tal parece que nos hubiéramos tomado en serio estas eglógicas fantasías que dieron pábulo al Romanticismo. Ahora la crisis se instala en nuestros países como esos tornados se ensañan en ciertas zonas hasta destruirlas por completo. Y la reacción no puede ser más inefable, inmadura e insensata.



Álvaro Mutis, foto: noticiasmontreal.com/111853/alvaro-mutis/

Hemos caído en una mezcla de impreparación, sorpresa, improvisada política económica e incontrolado pánico. En los países de Europa y Asia, crisis como ésta han sido el pan cotidiano desde hace cinco mil o más años. En cada gesto, en cada rasgo de la conducta de los hombres de esas latitudes, vemos una familiarización, una serenidad y un poder de recuperación frente a las épocas de infortunio que les han permitido superarlas para continuar su labor civilizadora. Nada de esto aparece en nuestros países. Caemos de inmediato en la desenfrenada demagogia, en el “sálvese quien pueda” y en delirante liquidación de lo poco que va quedando a nuestro alcance para enfrentar los malos tiempos. Definitivamente, hay lugar a pensar que ahora sí nos dejó para siempre el tren de la historia.

Ensayos extraídos del libro
de Álvaro Mutis *De lecturas y algo del mundo*, Barcelona, Seix Barral, 2000,
pp. 47-48 y 208-211.